

¿Tiene la teología un lugar en la universidad contemporánea?

José Enrique Oyarzún, L.C.

Rector del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y profesor de escatología.

Introducción

En el panorama intelectual contemporáneo, caracterizado por la creciente especialización y fragmentación del saber, se plantea con renovada urgencia una cuestión fundamental para la educación superior: ¿tiene la teología un lugar legítimo y relevante en la universidad actual? Este interrogante no es meramente retórico, sino que remite a la naturaleza misma de la institución universitaria, a la concepción de la racionalidad y a la misión formativa en una cultura marcada por el dinamismo tecnológico y la globalización.

El presente artículo sostiene que la teología puede ofrecer aportes decisivos para articular un conocimiento integral, capaz de superar la dispersión disciplinar y favorecer un diálogo fecundo entre fe, razón y cultura. Más que reclamar un privilegio, se trata de mostrar su potencial como interlocutora válida en el espacio universitario contemporáneo.

1. La identidad universitaria

Durante las últimas décadas, la universidad ha experimentado una profunda transformación¹. Bajo la presión de las demandas del mercado laboral y de la acelerada innovación tecnológica, muchas instituciones han privilegiado las competencias técnicas y la inmediatez de los resultados por encima de la formación integral de la persona. Martha Nussbaum, en *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*², ha advertido que esta tendencia implica un debilitamiento de la educación humanista, con el consiguiente empobrecimiento de la capacidad crítica y ética de los graduados.

¹ Cf. G.A. VÉLEZ SÁNCHEZ – G.A. RUIZ ROJAS, «La universidad en crisis, ¿amenaza o reafirmación de su ontología?», *Revista de la educación superior* 48/190 (2019).

² Cf. M.C. NUSSBAUM, *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*, Discusiones, Katz, Madrid 2010.

El trasfondo filosófico de esta crisis se manifiesta en la hegemonía de un paradigma tecnocientífico que solo reconoce como válido el conocimiento cuantificable y empíricamente verificable. Este paradigma se evidencia en las políticas de financiación, donde fundamentalmente los proyectos de ingeniería, biotecnología o inteligencia artificial aplicada a menudo reciben apoyo, pero no hay disponibilidad de recursos para las investigaciones en humanidades. Charles Taylor, en *La era secular*, identifica en esta deriva una visión inmanentista que margina lo trascendente, reduciendo el horizonte cultural a lo estrictamente intramundano³. En un plano sociológico, Jürgen Habermas ha descrito este fenómeno como la «colonización del mundo de la vida» por lógicas sistémicas – mercado y burocracia– que desplazan valores intrínsecos como la búsqueda de la verdad y la formación moral⁴.

La marginación de la teología en numerosos entornos académicos no es, por tanto, un hecho aislado, sino un síntoma de un debilitamiento más amplio: la pérdida de un marco común que permita integrar los diversos campos del saber. En esta línea, algunos autores han señalado que la exclusión de la teología no solo empobrece el debate cultural, sino que contribuye a transformar la universidad en una mera agregación de especialidades sin principio interno de unidad. La fragmentación no sería, por tanto, un efecto accidental, sino el resultado de la pérdida de un horizonte último que articule el conjunto del saber. Como advirtió Benedicto XVI en Ratisbona (2006), reducir la razón a lo empírico supone amputar su capacidad de afrontar las cuestiones últimas sobre el sentido, el bien y el destino humano⁵. Alasdair MacIntyre, en *Tras la virtud*, ha mostrado cómo la fragmentación del conocimiento conduce a una crisis moral en la que los juicios carecen de un contexto compartido⁶. En esta línea, algunos autores han señalado que la exclusión de la teología no solo empobrece el debate cultural, sino que contribuye a transformar la universidad en una mera agregación de especialidades sin principio interno de unidad. La fragmentación no sería, por tanto, un efecto accidental, sino el resultado de la pérdida de un horizonte último que articule el conjunto del saber⁷.

³ Cf. C. TAYLOR, *A secular age*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass 2007.

⁴ Cf. J. HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus Ediciones, Madrid 1987.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en la universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006. <https://www.vatican.va> [consultado el 18 de marzo de 2026].

⁶ A. MACINTYRE, *Tras la virtud*, Booket, Barcelona 2001.

⁷ Cf. J. MILBANK, «Theology and the Idea of University», *Scripta Theologica* 50 (2028), 253–273.

Un ejemplo paradigmático de esta desconexión se dio en 2008 en la Universidad *La Sapienza* de Roma. El Papa Benedicto XVI, reconocido también como teólogo e intelectual, fue invitado a dar un discurso en la inauguración del año académico, pero tuvo que cancelar su visita debido a las protestas de un grupo de profesores y estudiantes. Este episodio ilustra la brecha entre el pensamiento teológico y ciertos sectores de la academia, así como la percepción de la teología como una disciplina ajena al discurso intelectual contemporáneo. También es relevante el debate reciente en instituciones de educación superior de países secularizados sobre si las facultades de teología deben ser eliminadas o transformadas en departamentos de “estudios religiosos”, lo que demuestra la tensión actual entre la tradición académica y la agenda puramente secular.

Es importante reconocer que algunos críticos señalan que la teología, al basarse en la fe revelada, carece del rigor metodológico de las ciencias empíricas y, por tanto, no debería tener un lugar en la universidad secular⁸. Si bien esta objeción es comprensible, no tiene en cuenta que la teología también emplea métodos de análisis textual, histórico y filosófico rigurosos, y que su objetivo es la comprensión racional de la revelación, no su aceptación ciega.

Ahora bien, la misma teología debe hacer un profundo examen de conciencia. En numerosos casos, se ha vuelto autorreferencial, recluyéndose en un lenguaje técnico y en preocupaciones alejadas de los problemas contemporáneos. Esta tendencia al aislamiento ha contribuido a su propia marginación, tanto dentro de la universidad como en el diálogo cultural más amplio⁹. Por lo tanto, si

⁸ La crítica a la inclusión de la teología en la universidad secular tiene sus raíces en diversas tradiciones de pensamiento. Filósofos del positivismo lógico, como A.J. AYER en su obra *Lenguaje, verdad y lógica* (1936), argumentaban que las proposiciones teológicas carecen de significado al no ser empíricamente verificables. Esta postura ha sido revivida en el siglo XXI por pensadores del “Nuevo Ateísmo”, quienes sostienen que la teología es incompatible con el método científico y la razón. Figuras como RICHARD DAWKINS en *El espejismo de Dios* (2006) y CHRISTOPHER HITCHENS en *Dios no es bueno* (2007) han defendido la exclusión de la teología de la academia por considerarla una forma de pensamiento dogmático y precientífico. En una línea más filosófica, DANIEL DENNETT, en *Romper el hechizo: La religión como un fenómeno natural* (2006), examina el fenómeno religioso desde una perspectiva puramente naturalista, lo que pone en entredicho el papel de la teología como una disciplina académica con un método propio.

⁹ En el contexto de la invitación a la renovación de los estudios eclesiásticos, Papa Francisco ha comentado que los estudios eclesiásticos deben ser “en salida”: «Esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún –me atrevo a decir– hacia “una valiente revolución cultural”. En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesiásticas está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva

bien la cultura universitaria tiene su parte de responsabilidad, es imperativo que la teología reconozca también sus fallos y trabaje en su renovación, haciéndose más accesible y relevante para las preguntas y desafíos del mundo actual.

2. El origen y la naturaleza de la universidad

Para comprender mejor esta crisis contemporánea, resulta necesario volver la mirada a los orígenes históricos de la universidad, donde la teología desempeñó un papel central en la articulación del saber.

La universidad, como institución, surgió en la Europa medieval, en un contexto cultural profundamente marcado por la cosmovisión cristiana¹⁰. No fue una invención aislada, sino el fruto de un largo proceso en el que confluyeron la tradición monástica, el *studium* catedralicio y el redescubrimiento del pensamiento clásico a través de la filosofía árabe y judía. Entre los siglos XII y XIII se consolidó un modelo institucional singular: la *universitas magistrorum et scholarium*, una comunidad estable de maestros y estudiantes dotada de autonomía corporativa y dedicada a la búsqueda y transmisión del saber.

Las primeras universidades –Bolonía, París, Oxford– nacieron vinculadas a la Iglesia y contaban con reconocimiento papal o imperial, lo que les otorgaba privilegios y cierta independencia frente a autoridades locales. La enseñanza se organizaba en facultades, con la teología ocupando la cúspide del saber. Esta jerarquía no respondía a un mero esquema eclesiástico, sino a una convicción

de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas» (PAPA FRANCISCO, *Veritatis gaudium*, n. 3), en <https://www.vatican.va> [consultado el 18 de marzo de 2026].

¹⁰ Ciertamente, hay que tener presente cuanto comenta Giner de los Ríos: «El concepto “Universidad” no es una idea absoluta que pueda, especulativamente, construirse; un factor eterno, indispensable, de la vida social; sino un concepto histórico. Solo apelando a la historia, cabe, pues, definirlo. Y, al igual de toda cosa histórica, no es sino una forma peculiar de cumplirse en ciertas sociedades tal o cual función permanente, que, como todas, admite soluciones muy distintas, según la condición de los tiempos. ¿Cuál es aquí esa función? Desde un principio hallamos, más o menos vagamente, condensadas en las universidades, y en proporciones diferentes, la investigación científica; la elaboración de la verdad así adquirida; su incorporación en el sistema de su cultura general; la transmisión y difusión de esta cultura, de sus puntos de vista, sus sentimientos, sus ideales, mediante la enseñanza; la educación moral de la juventud; su preparación para ciertas profesiones, con otras funciones que de aquí se siguen» (https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/escritos-sobre-la-universidad-espanola-antologia-18931904--0/html/feec1346-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.html) [consultado el 14 de marzo de 2026].

epistemológica: todos los saberes formaban parte de un conjunto ordenado cuyo sentido último se iluminaba a la luz de la fe. Como ha mostrado Jacques Verger, la teología no era una disciplina más, sino el horizonte interpretativo desde el cual se comprendían y articulaban las demás¹¹. Conviene, sin embargo, matizar esta reconstrucción. Como han señalado algunos estudios recientes, las primeras universidades no nacieron primariamente con una vocación universal del saber, sino como corporaciones autónomas orientadas a intereses concretos –como el derecho en Bolonia–. La progresiva apertura hacia una comprensión más universal del conocimiento se desarrolló sobre todo en aquellos contextos donde la teología ocupó un lugar central, particularmente en París y Oxford¹².

En este modelo, la formación universitaria no se limitaba a la capacitación técnica o profesional. Se entendía como un proceso integral que incluía el desarrollo de la razón, la maduración ética y la apertura a la trascendencia. Los estudiantes se ejercitaban en el *trivium* y el *quadrivium* antes de acceder a estudios superiores, lo que aseguraba una base humanista común. La universidad medieval, en este sentido, encarnaba la convicción de que la verdad es una y que su búsqueda requiere la convergencia de razón y fe, filosofía y teología, experiencia empírica y reflexión metafísica.

La escolástica, como método, facilitaba este ideal integrador. Autores como Tomás de Aquino, Buenaventura o Alberto Magno no veían contradicción entre investigación racional y fe revelada; por el contrario, consideraban que ambas procedían de la misma fuente de verdad. Este equilibrio entre autonomía relativa de las ciencias y orientación teleológica del saber contrasta con la fragmentación disciplinar de muchas universidades contemporáneas.

Con la modernidad, el humanismo renacentista, la Reforma y la Ilustración introdujeron transformaciones que diversificaron el modelo universitario. La secularización progresiva y el énfasis en la ciencia experimental, acentuados en el siglo XIX por el modelo humboldtiano, redujeron progresivamente el papel de la teología en la academia, especialmente en contextos estatales. Sin embargo, incluso en universidades no confesionales, persistió la idea –presente en pensadores como John Henry Newman– de que la educación superior requiere una visión unitaria del saber para no convertirse en mera instrucción técnica¹³.

¹¹ Cf. J. VERGER, *Les universités au Moyen âge*, Quadrige, PUF, Paris 2013.

¹² Cf. J. MILBANK, «Theology and the Idea of University».

¹³ JOHN HENRY NEWMAN, en su influyente obra *La idea de universidad*, profundiza en esta visión del saber y del rol que la teología debe desempeñar en el ámbito universitario. Para Newman, la teología no solo tiene un lugar legítimo en la universidad, sino que es esencial para garantizar una educación verdaderamente liberal

Así, el origen histórico de la universidad muestra que la teología desempeñó desde sus inicios un papel central como principio de integración epistemológica y formativa. Recordar este dato no es un ejercicio de nostalgia, sino una clave para comprender que la misión universitaria –formar personas capaces de comprender la totalidad de la realidad y actuar responsablemente en ella– sigue requiriendo un diálogo vivo entre las ciencias y la reflexión teológica.

3. Orientaciones magisteriales recientes

Esta intuición del magisterio reciente encuentra eco en análisis históricos que subrayan cómo la teología ha contribuido no solo al contenido, sino a la estructura misma de la idea de universidad.

Si el pasado nos muestra cómo la teología actuó como principio integrador del conocimiento en la universidad medieval, el magisterio reciente de los pontífices ofrece claves para repensar su lugar en la universidad contemporánea. A lo largo del tiempo, la teología ha sido objeto de reflexión constante en el ámbito eclesial, donde se ha destacado su valor tanto para la formación integral de la persona como para su capacidad de entablar un diálogo significativo con la cultura. En las últimas décadas, los pontífices han aportado perspectivas decisivas sobre el papel de la teología en la academia, subrayando su función como puente entre la fe, la cultura y las ciencias, y mostrando que su presencia no es un vestigio del pasado, sino una necesidad para afrontar los desafíos del presente.

a. San Juan Pablo II

San Juan Pablo II, en la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (1990), ofreció una visión profunda sobre el papel de la universidad católica. Para él, la universidad católica no es solo una institución educativa más, sino una comunidad académica cuyo propósito es integrar el saber con la fe, promoviendo una búsqueda conjunta de la verdad. La teología, en este marco, se convierte en un espacio de diálogo privilegiado entre la fe y la cultura. En este contexto, destacó que la teología no debe ser una disciplina estática, sino que debe dialogar con otras formas de conocimiento, como las ciencias y las humanidades, para así abordar las grandes preguntas sobre

e integral. Según Newman, excluir la teología de la universidad implica mutilar el conocimiento humano, privándolo de su capacidad de abordar las preguntas más fundamentales sobre el sentido de la vida y el destino humano. La teología, en su opinión, ofrece una perspectiva unificadora que permite a las distintas disciplinas dialogar entre sí y encontrar su lugar dentro de un marco más amplio de comprensión de la realidad Cf. J.H. NEWMAN, *La idea de universidad*, Religión. Ensayos, Ediciones Encuentro, Madrid 2014.

el sentido de la vida y la dignidad humana. Este diálogo no solo enriquece la teología, sino que también permite que las ciencias se beneficien de la luz que la fe arroja sobre cuestiones que van más allá de lo técnico y empírico¹⁴.

Pero no fue solo en *Ex Corde Ecclesiae* donde Juan Pablo II abordó el papel de la teología en la universidad. En numerosos discursos y encíclicas, insistió en la importancia de la interacción entre fe y razón. En la encíclica *Fides et Ratio*, subrayó que «la fe y la razón son como dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad»¹⁵. En este documento, defendió la idea de que la teología no puede ser ajena a las preguntas que plantea la razón humana, y que la universidad es el lugar donde estas dos dimensiones deben encontrarse para generar un conocimiento más completo¹⁶. Juan Pablo II advirtió que excluir la teología del diálogo académico empobrece la universidad, ya que se pierde una visión integral del ser humano. Además, señaló que la teología tiene la capacidad de iluminar cuestiones éticas, filosóficas y sociales en una manera que otras disciplinas no pueden, especialmente en temas de justicia social, derechos humanos y dignidad.

b. Benedicto XVI

Benedicto XVI, por su parte, dedicó una parte importante de su magisterio a reflexionar sobre la relación entre fe, razón y ciencia. Como hemos mencionado anteriormente, en su *Discurso de Ratisbona*, uno de sus discursos más influyentes, abordó el proble-

¹⁴ «Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia» (*Ex Corde Ecclesiae*, n. 16), en <https://www.vatican.va> [consultado el 11 de marzo de 2026].

¹⁵ JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, n. 1, en <https://www.vatican.va> [consultado el 11 de marzo de 2026].

¹⁶ «La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales. Considerada la importancia específica de la teología entre las disciplinas académicas, toda Universidad Católica deberá tener una Facultad o, al menos, una cátedra de teología» (JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 19).

ma de la reducción de la razón a lo puramente empírico y técnico, que es una tendencia dominante en muchas universidades modernas. Advirtió que una razón limitada exclusivamente a lo verificable empíricamente es insuficiente para abordar las preguntas fundamentales sobre la existencia humana, el bien, el mal y el sentido de la vida. Para Benedicto XVI, la teología es esencial en la universidad porque abre la razón a una dimensión más amplia: una «racionalidad ampliada», que permite a la razón ir más allá de los límites impuestos por una visión puramente positivista del conocimiento.

En su discurso a los jóvenes profesores en El Escorial (2011), insistió nuevamente en la importancia de una universidad que no se limite a la mera transmisión de conocimientos técnicos, sino que cultive una visión integral de la persona humana. El Papa exhortó a los jóvenes académicos a resistir la tentación de reducir el papel de la universidad a la formación laboral y técnica, recordando que la misión de la universidad debe ser la búsqueda de la verdad en su totalidad, incluida la verdad espiritual y moral. En este contexto, la teología sigue desempeñando un papel crucial, porque es la disciplina que permite a los estudiantes y profesores enfrentar las grandes preguntas sobre el sentido de la vida y la dignidad humana, en diálogo con las ciencias y las humanidades. Benedicto XVI subrayó que, en su diálogo con las ciencias, la teología tiene una misión esencial: proteger la dignidad de la persona, iluminar los límites éticos del progreso tecnológico y fomentar una cultura del encuentro y del diálogo.

Otro momento importante de su magisterio sobre la universidad y la teología es el ya citado discurso que no pudo pronunciar en *La Sapienza*. Aunque no pudo pronunciarlo, el texto fue publicado y contiene reflexiones valiosas sobre el papel de la teología en el diálogo con la ciencia y la razón. En él, destacaba que la universidad debe ser un espacio abierto al diálogo, donde no solo se busque el conocimiento técnico, sino también la sabiduría, entendida como el reconocimiento de una verdad más grande que el ser humano debe descubrir. En ese sentido, el Papa alemán defendía la necesidad de que la universidad reconozca el valor de la teología como parte esencial del diálogo entre la razón y la fe, y subrayaba que la teología tiene la capacidad de aportar a este diálogo un horizonte amplio y profundo.

Además, Benedicto XVI habló sobre el papel de la teología en la universidad en su carta encíclica *Caritas in veritate* (2009). En este documento insistió en la necesidad de integrar la ética y la teología en los debates sobre economía, desarrollo y justicia social. Para él, la universidad no puede ser simplemente un lugar de formación técnica, sino que debe ser una comunidad que se preocupe por

las grandes cuestiones éticas que afectan a la sociedad. La teología, en este sentido, no solo es un campo de conocimiento abstracto, sino una disciplina que tiene un impacto real en el bien común. En *Caritas in veritate*, defendió que la razón necesita de la fe para no caer en una instrumentalización que puede deshumanizar a la persona, y la teología, como disciplina, es clave para asegurar que el conocimiento científico y técnico esté al servicio del bien común¹⁷.

c. Papa Francisco

El Papa Francisco, en su constitución apostólica *Veritatis gaudium* (2017), ha llamado a la teología a una profunda renovación para responder eficazmente a los desafíos contemporáneos. Para Francisco, la teología no puede quedarse encerrada en sí misma ni limitarse a una «teología de escritorio», desconectada de la realidad. Al contrario, debe salir al encuentro de los problemas urgentes del mundo moderno, como la justicia social, el cuidado de la creación y el diálogo interreligioso. En el prefacio de *Veritatis gaudium*, insiste en que la teología debe abrazar una «transformación misionera» que permita integrar las ciencias, las humanidades y el Evangelio en un diálogo fecundo que renueve el mundo.

Esta renovación teológica, según Francisco, implica también un acercamiento a las culturas profesionales, científicas y académicas. En *Evangelii gaudium* (2013), especialmente en los números 132-134, propone una nueva apologética, un «nuevo discurso de la credibilidad» que ayude a que el Evangelio sea escuchado en todos los ámbitos de la cultura moderna. Afirma que las categorías de la razón y de las ciencias no deben ser vistas como opuestas a la fe, sino como instrumentos que, cuando son acogidos en el anuncio del mensaje cristiano, se convierten en medios de evangelización. En palabras del Papa, se trata de un «agua convertida en vino»¹⁸, es decir, de una integración que enriquece y transforma tanto el conocimiento científico como el mensaje evangélico.

Francisco también destaca que la teología debe abrirse al diálogo con otras ciencias y experiencias humanas, sin limitarse solo a la

¹⁷ «La excesiva sectorización del saber, el cerrarse de las ciencias humanas a la metafísica, las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología, no solo dañan el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos, pues, cuando eso ocurre, se obstaculiza la visión de todo el bien del hombre en las diferentes dimensiones que lo caracterizan. Es indispensable «ampliar nuestro concepto de razón y de su uso» para conseguir ponderar adecuadamente todos los términos de la cuestión del desarrollo y de la solución de los problemas socioeconómicos» (BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, n. 31).

¹⁸ PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 132, en <https://www.vatican.va> [consultado el 11 de marzo de 2026].

teología pastoral. En este sentido, las universidades católicas tienen un papel privilegiado, ya que pueden integrar de manera interdisciplinaria e integradora este esfuerzo evangelizador. El Papa anima a los teólogos a llevar en su corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia¹⁹, insistiendo en que la investigación teológica debe promover el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias, en un esfuerzo conjunto por renovar la cultura contemporánea desde dentro.

d. León XIV

En su breve magisterio inicial, el Papa León XIV ha continuado y profundizado el llamado a la renovación teológica de sus predecesores, enfatizando el rol indispensable de la teología dentro de la universidad contemporánea como disciplina integradora del saber. En su discurso a la Pontificia Academia de Teología, el Pontífice insistió en que la teología es una «dimensión constitutiva de la acción misionaria y evangelizadora de la Iglesia», requiriendo una teología «en salida» que combine el rigor científico con la pasión por la historia²⁰.

León XIV recupera la tradición de los Padres y Maestros de la Iglesia para definir la teología como una «teología sapiencial», la cual tiene la función de abrir horizontes existenciales más grandes. Esta sabiduría es clave para la universidad, pues evita la fragmentación del conocimiento al iluminar la existencia y ofrecer un marco que ayuda a construir un mundo más solidario, alineándose con la necesidad de un marco moral común que, como advierte MacIntyre, trasciende la especialización.

Un aspecto crucial de su orientación es el llamado al diálogo *ad extra* que la teología debe impulsar en el campus, trascendiendo el ámbito de las humanidades. El Papa insta a la teología universitaria a dialogar activamente con la «física, la biología, las ciencias económicas, y las jurídicas», con el fin de «enriquecerse y enriquecer» el conocimiento mutuo. En este sentido, subraya que, ante los «desafíos digitales» y la inteligencia artificial (IA), la teología debe proporcionar una visión antropológica fundamental: la pregunta sobre la dignidad infinita del ser humano, que es irrefutable ante cualquier androide digital. Con ello, reafirma la misión de la teología de proteger la dignidad de la persona y asegurar que el progreso esté al servicio del bien común.

¹⁹ Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 133.

²⁰ Cf. LEÓN XIV, *Discurso a los participantes en el simposio promovido por la Pontificia Academia de Teología*, 13 de septiembre de 2025, en <https://www.vatican.va> [consultado el 18 de marzo de 2026].

De esta manera, el Papa León XIV delimita tres funciones que la teología debe ejercer en la academia y en la sociedad: el rostro académico-científico (rigor intelectual), el rostro sapiencial (contemplación y discernimiento, para nutrir la vida espiritual), y el rostro solidario, que inspira gestos concretos de caridad. Así, la teología se postula como una condición necesaria para que la universidad cumpla su misión más profunda: formar personas orientadas a la verdad y al bien común.

4. Funciones de la teología en la universidad contemporánea

En el contexto actual, la teología ofrece aportes decisivos que responden a necesidades estructurales de la institución universitaria. No se trata de un saber marginal ni accesorio, sino de un interlocutor decisivo en la construcción de un conocimiento integral y humanizador. La enumeración de sus funciones permite ver cómo la teología, en diálogo con las ciencias y las humanidades, contribuye a articular un horizonte común que da sentido a la misión universitaria.

a. Integración epistemológica

La teología, por su objeto, articula una visión unitaria del saber. Newman advertía que excluirla es desmembrar el conocimiento²¹. Marsden insiste en que la ciencia no puede ofrecer por sí sola un marco integrador, pues no aborda el sentido último de la realidad²². En un saber fragmentado, la teología actúa como puente, facilitando un diálogo sobre las grandes preguntas que conectan, por ejemplo, la biología con la ética, o la física con la metafísica.

b. Marco ético

Enfrentados a innovaciones como la inteligencia artificial o la biotecnología, necesitamos criterios éticos sólidos. Paul Ricoeur subraya la necesidad de articular lo teleológico y lo deontológico; la teología añade la visión del ser humano como *imago Dei*, aportando fundamentos universales. Benedicto XVI recordó que el progreso técnico debe estar al servicio del bien común. La teología, en este sentido, puede plantear preguntas cruciales: ¿qué significa ser humano en la era de la IA? ¿Cuáles son los límites éticos de la manipulación genética?

²¹ Cf. J.H. NEWMAN, *La idea de universidad*.

²² Cf. G.M. MARSDEN, *The Outrageous Idea of Christian Scholarship*, Oxford University Press, New York 1998.

c. *Diálogo intercultural e interreligioso*

En sociedades plurales, la teología fomenta el encuentro desde la verdad. Benedicto XVI advirtió que el diálogo no es relativismo, sino búsqueda común; Francisco, en *Fratelli tutti*, pide que este diálogo se traduzca en cooperación en causas concretas como la paz y la justicia. La universidad que acoge la teología se convierte en un laboratorio para este encuentro. Este diálogo no se limita a las religiones mayoritarias; la teología puede contribuir a un mayor entendimiento de las tradiciones de los diversos pueblos o de las comunidades no occidentales, enriqueciendo así la labor de antropólogos e historiadores.

d. *Búsqueda de sentido*

La necesidad de sentido es una dimensión fundamental e irrenunciable de la existencia humana. El psicólogo Viktor Frankl mostró que la ausencia de este sentido es a menudo la causa de la desesperación y de la patología existencial. Si bien las ciencias empíricas pueden describir cómo funciona el mundo, no pueden responder a las preguntas sobre el porqué o para qué de nuestra existencia. La teología, en diálogo con la filosofía y las ciencias humanas, aborda precisamente estas cuestiones sobre el origen, la finalidad y el valor de la vida, que ninguna disciplina por sí sola puede agotar. Como advierte Charles Taylor, una cultura que renuncia a esta pregunta se empobrece, creando un vacío que a menudo se llena con el consumismo, la ideología o el nihilismo. La teología, al ofrecer una narrativa coherente sobre el ser humano y su lugar en la creación, brinda un marco robusto para esta búsqueda de sentido.

e. *Crítica cultural*

La teología no debe ser una voz que simplemente se adapte a los consensos del momento, sino que debe ejercer una función profética y crítica frente a las ideologías dominantes. En una sociedad marcada por el individualismo, el relativismo ético y un consumismo desenfrenado, la teología recuerda la orientación del ser humano hacia un bien trascendente. Provee un lenguaje y unos criterios para evaluar críticamente los valores y las narrativas que se presentan como incuestionables. Por ejemplo, puede cuestionar la idea de que la felicidad reside únicamente en la acumulación de bienes materiales o que la autonomía individual es el valor supremo. Alasdair MacIntyre ha mostrado que sin un marco moral común las sociedades se fragmentan; la teología puede ofrecer ese marco, recordando que existe una finalidad inherente al ser humano que

va más allá de lo que las fuerzas del mercado o el poder político pueden definir.

Ejemplos actuales muestran que la teología puede convivir fecundamente con otras ciencias en el ámbito universitario. La Universidad Francisco de Vitoria, en Madrid, impulsa iniciativas como el Instituto Razón Abierta y programas de repensamiento interdisciplinar que buscan integrar fe, cultura y ciencia en un diálogo abierto. De manera semejante, la *Franciscan University of Steubenville*, en Estados Unidos, concibe la teología como el vértice de la educación liberal, capaz de dar coherencia a los demás saberes y de iluminar debates contemporáneos sobre ética, evangelización y cultura. Estos casos evidencian que la teología no es un vestigio del pasado, sino una disciplina viva que puede enriquecer la misión universitaria en contextos plurales y globalizados.

5. Conclusión

Reintegrar la teología en la universidad no significa restaurar acríticamente un modelo medieval, sino recuperar su vocación integradora del saber. Esto exige que las universidades fomenten el diálogo interdisciplinar, que los teólogos ejerzan con rigor y valentía su función cultural, que los estudiantes reconozcan su importancia para la formación integral, y que las políticas educativas contemplen la dimensión espiritual de la persona.

En este sentido, la cuestión del lugar de la teología en la universidad no es secundaria, sino decisiva: en cierto modo, en ella se juega la posibilidad misma de una universidad verdaderamente «universal».

Lejos de ser un vestigio del pasado, la teología es una disciplina viva, capaz de enriquecer la ciencia, la cultura y la sociedad. Su lugar en la universidad contemporánea no es un privilegio a preservar sino una condición para que la educación cumpla su misión más profunda: formar personas orientadas a la verdad y al bien común.